

Fondo ridículo, bella forma, elocuente, apasionada, lengua excelente, de la buena tradición, abundancia y plenitud, un flujo del corazón... y todo esto por acusar á la patria, deshonrarla si podía, matar á su madre, la Francia.

La memoria dirigida por Sally á sus comitentes (Enero del 90), ofrece el primer ejemplo de esos cuadros exagerados que luego el extranjero no ha dejado de hacer: violencias de la Revolución. Las páginas escritas allá arriba por Sally son copiadas en los hechos, en las palabras mismas, por todos los escritores que le siguen. Los que se llaman constitucionales comienzan desde entonces contra la Francia la más injusta de las inquisitorias, yendo de provincia en provincia á preguntar á los señores y á los clérigos: «¿Qué habéis sufrido?» Después, sin examen, sin intervención, sin producción de fuerzas ni de testigos, escriben y certifican. El pueblo, víctima obligada y necesaria, después de haber sufrido durante siglos, en su día de reacción sufre todavía. Sus pretendidos amigos registran ávidamente todos sus malos hechos, verdaderos ó falsos, y recibían contra él los testimonios más sospechosos; contra él lo creen todo.

Sally marcha el primero, es el maestro de coros; por él comienza este gran concierto de plañideras que lloran juntos contra la Francia... Plañideras del rey, de la nobleza, que guardasteis la piedad para ellos, que no dedicasteis nada á los millones de hombres que sufrieron, que perecieron también: decidnos qué rango, qué blasón es necesario para que os hallemos sensibles... Habíamos creído nosotros que para merecer las lágrimas de los hombres, ser hombre era bastante.

Así se puso en movimiento contra el pueblo únicamente, que no quería más que la dicha del género humano, esta gran sacudida de piedad. La piedad vino á ser una máquina de guerra, una máquina de muerte. Y el mundo ha sido cruel á medida que ha sido sensible. Sally y las otras plañideras han fomentado contra nosotros la cruzada de los pueblos y de los reyes, cruzada que ha arrojado á la Francia, acorralada entre todos, en la necesidad homicida del *Terror*. ¡Piedad exterminadora! Piedad que ha costado la vida á millones de hombres. Esta catarata de lágrimas que salieron de sus ojos ha hecho correr en la guerra torrentes de sangre.

Júzguese con qué delectación interior, con qué sonrisa de complacencia la Inglaterra supo por los franceses, y los mejores, los más sensibles, *los verdaderos amigos de la libertad*, que la Francia era un país indigno de la libertad, un pueblo aturdido, violento, que por debilidad de cerebro volvía fácilmente al crimen. Niños brutales, funestos, que ensucian y rompen cuanto tocan... Romperían el mundo entero seguramente si la sabia Inglaterra no estuviera allí para castigarlos.

La partida no era, por tanto, igual en este proceso ante el mundo, de la Revolución y los acusadores anglo-franceses. Ellos mostraban desórdenes demasiado visibles. Y la Revolución mostraba lo que no se verá

aún: la perseverante traición de sus enemigos, el intento deliberado, íntimo de las Tullerías, de la emigración, del extranjero; el acuerdo de los traidores de dentro y de fuera. Se negaba, se juraba, se ponía al cielo por testigo. Suponer, sospechar así, calumniar, ¡oh, qué injusticia! Estos inocentes que protestaban llegaron en 1835 á decir muy alto que eran culpables.

Sí; nosotros podemos afirmarlo hoy sobre su testimonio con toda seguridad: los Necker, los Sally, fueron simples, necios, cuando afirmaron lo que luego el tiempo ha demostrado. Necios; pero en esta necedad había corrupción. Estas cabezas débiles y vanidosas habían sido trastornadas por sus equivocaciones, corrompidas por las caricias, las adulaciones, la funesta amistad de los enemigos de Francia.

La Francia revolucionaria que ha querido aparecerse tan violenta, fué paciente en verdad. Por todas partes, en París, en la calle de Saint-Jacques, en la de la Harpe, se imprimían, se ponían á la vista los libros de los traidores, de un Colonne por ejemplo, admirablemente hechos á expensas de la corte; el libro furioso, inmundo de Burke, tan violento como los de Marat; y si se le juzga por los resultados, bastante más homicida.

Este libro es tan furioso que el autor olvida en cada página lo que acaba de decir en la precedente, perjudicándose él mismo á ciegas en sus propios razonamientos, mereciendo siempre el fin de Mirabeau-Touneau, que murió de su misma violencia, arrojándose á ojos cerrados sobre la espada de un oficial á quien él obligaba á ponerse en guardia.

El exceso de furor que padece por no poder decir bastante, arroja á cada momento á su autor en esas bajas bufonerías que envilecen al bufón mismo. «No hemos sido nosotros los ingleses vacíos, recosidos, empajados como las aves disecadas de un museo, con paja ó trapos, con sucios retales de papel que ellos llaman Derechos del hombre.» Y en otra parte: «La Asamblea constituyente se compone de procuradores de aldea. No podrán menos de hacer una constitución litigiosa ocasionada á pleitos que puedan dar de sí buen número de golpes seguros...»

He buscado con una simplicidad de que tengo vergüenza hoy, si había allí algo de doctrina... No había más que injuria y contradicción.

En la misma página dice: «El gobierno es una obra de sabiduría humana. Y algunas líneas más abajo: «Es necesario que el hombre sea limitado por alguna cosa fuera del hombre.» ¿Qué cosa? ¿Un ángel? ¿Un Dios? ¿Un Papa? Volveríamos á los maravillosos gobiernos de la Edad Media, á los políticos del milagro.

Lo más divertido en Burke es su elogio de los frailes. No se detiene en nada. Educado en Saint-Omer, formado para medrar, parece acordarse (un poco tarde) de sus buenos maestros. La protestante Inglaterra tiene el corazón enternecido con ellos por su odio contra nosotros. La Revolución ha tenido de bueno que al aproximar y poner de acuerdo á sus enemigos, M. Pitt iría á misa. Todos juntos, ingleses y

frailes, se pondrían al unísono desde que se tratara de cantar para Francia las vísperas sangrientas, cantando en un mismo facistol.

Pitt defendió el libro de Burke, quiso crear una brecha eterna entre los dos pueblos, ensanchar, ahondar el estrecho.

El odio de los ingleses hacia la Francia había sido hasta entonces un sentimiento instintivo, caprichoso, variable. Desde entonces fué el objeto de un culto sistemático que produjo resultados maravillosos. Y aumentó, floreció.

El fondo estaba bien preparado. Sismondi, de ningún modo desfavorable á los ingleses y que se había casado entre ellos, hace esta observación muy justa sobre su historia en el siglo XVIII. Eran tanto más belicosos, cuanto que jamás hacían la guerra. No la hacían ni por ellos ni en su casa. Se creían inatacables; de ahí una seguridad y egoísmo que les endurecía el corazón, los hacía violentos, irritables contra todo lo que les resistía.

El cambio de esta disposición odiosa fué el progreso del odio, la triste facilidad con que se dejaron llevar por sus magnates, sus ricos á todos los extravíos que el odio inspira. Las buenas cualidades de este pueblo laborioso, serio, reconcentrado, se volvieron todas al mal.

Una virtud desconocida en el continente y que, hay que decirlo, sirvió con frecuencia demasiado á sus hombres los Pitt, los Nelson y otros, fué la *doggedness*, una especie de hidrofobia muda, ese furor del perro que muerde sin saber lo que muerde y que no huye jamás.

A mí este triste espectáculo no me inspira el odio por el odio. No. Más bien piedad... ¿Pueblo hermano, pueblo que fué el de Newton, el de Shakespeare, que no habría tenido piedad de veros caer en esta credulidad baja, en esta deshonorosa deferencia por nuestros enemigos comunes, los aristócratas, hasta creer y recibir con respeto y confianza todo lo que decía el noble, el gentleman, el lord contra las gentes cuya causa era la vuestra? Vuestra miserable prevención por la que os menosprecian, nos ha hecho mucho mal, y á vosotros, á vosotros os ha perdido.

¡Ah! ¡Nunca sabréis lo que fué para vosotros el corazón de la Francia! Cuando en Mayo del 90 uno de nuestros diputados, hablando de Inglaterra, llegó á decir: «Nuestra rival, nuestra enemiga» hubo en la Asamblea un rumor universal. Se prefería abandonar á la España antes que mostrarse en desconfianza hacia los ingleses.

Esto en el año 90, mientras el ministerio inglés y la oposición lanzaban unidos el libro de Burke.

El efecto de esta pobre declamación fué inmenso en los ingleses. Los clubs que se habían formado en Londres para sostener los principios de nuestra Revolución, fueron disueltos en gran parte. El liberal lord Stantrop borró su nombre de sus libros (Noviembre del 90). Numerosas publicaciones, hábilmente dirigidas, multiplicadas hasta el infinito, vendidas á vil precio entre el pueblo, lo volvieron contra nosotros, tan bien, que el 14 de Julio de 1791 una reunión de ingleses celebró en

Birmingham el aniversario de la Bastilla y el populacho furioso fué á saquear, á romper, á quemar los muebles á la casa de Priestley y su laboratorio de química. El salió de este país ingrato y se fué á América.

He aquí la fiesta que se hacía en Inglaterra al amigo de la Francia.

Y he aquí en el mismo año la fiesta que se hacía en Francia á los ingleses.

En Diciembre del 91, nuestros jacobinos, presididos entonces por los girondinos Isnard y Lazource, decidieron que las tres banderas de la Francia, la Inglaterra y la de los Estados Unidos fueran colgadas en las bóvedas de su salón y que los bustos de Price y de Sidney fueran puestos al lado de los de Juan Jacques, Mirabeau y Franklin. Se decretó el lugar de honor para un inglés, diputado de los clubs de Londres. Le fueron dirigidas las felicitaciones más tiernas en medio de los votos por una eterna paz. Pero la unión hubiera parecido imperfecta si nuestras madres, nuestras mujeres, las mediadoras del corazón no hubiesen venido á enlazar las naciones uniendo sus manos.

Llevaron un regalo conmovedor, su trabajo: ellas mismas y sus hijas habían tejido tres banderas para los ingleses, el gorro de la libertad y la escarapela tricolor. Todo esto colocado á la vez en una arca de alianza con la Constitución, la nueva Carta de Francia, frutos de la tierra de Francia y espigas de trigo.

